

La Encarnación

■ **Alejandra Montamat**

Para Reflexión Bautista



“He aquí una virgen concebirá y dará a luz un hijo y llamarás su nombre Emanuel que traducido es: Dios con nosotros” Mateo 1:23

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” Juan 1:14

Introducción

Cuando el apóstol Juan escribió su evangelio, la cultura helénica impregnaba el pensamiento de sus lectores; ellos no tenían dificultad en tratar con un dios humanizado, porque todos los dioses griegos y romanos (aunque inmortales) poseían sentimientos y pasiones humanas. Para el lector judío, por el contrario, era una herejía pensar que el Dios de Abraham (santo, todopoderoso y sublime) pudiera despojarse de su gloria para habitar un cuerpo humano; el Mesías que esperaban sería una persona especial, elegida por Dios, pero un hombre como David, no Dios mismo.

La doctrina de la encarnación

La encarnación de nuestro Señor Jesús, que reúne en su persona tanto la naturaleza humana como la divina, es un misterio para nuestra mente finita pero tiene importancia fundamental entre las doctrinas cristianas y debiera ser el centro de nuestra celebración navideña. No conocemos exactamente la fecha del nacimiento de Jesús y esto debido a que en la antigüedad los años no se contaban bajo un calendario universal, además la Biblia detalla pocos sucesos históricos asociados a la natividad. Sabemos que Augusto César era el emperador reinante (Lc 2:1) y que Herodes el Grande recibió la información del nacimiento de parte de los sabios de oriente (Mt 2:1). Todo intento de celebración en fecha precisa, lo debemos a tradiciones culturales y sincréticas adoptadas por la iglesia en el siglo IV.

En la historia cristiana muchos tuvieron dificultad para asumir la encarnación de Jesús sin sacrificar su divinidad (ebionitas, arrianos) o su humanidad (docetistas). A pesar de que varios concilios históricos abordaron estas herejías y reafirmaron que Cristo posee ambas naturalezas, hasta nuestros días llegan voces que niegan esta verdad bíblica y la consideran un mito. Esta doctrina también es rechazada por religiones como el judaísmo e islamismo, por los Testigos de Jehová y otras sectas históricas y también por racionalistas que niegan también el nacimiento virginal o la resurrección de Jesús.

Pero la convicción del creyente es que Dios se reveló completa y totalmente en la persona de Jesús, tomando la naturaleza humana pero sin perder en absoluto su divinidad; su humillación consistió en despojarse de su gloria

primeramente, haciéndose siervo hasta sufrir la muerte de cruz después (Fil 2:6-8).

Los propósitos de la encarnación

Uno de los propósitos de la encarnación fue revelar a todo hombre al Dios infinito y personal. Dice la Biblia que Dios se fue manifestando al hombre progresivamente por medio de su obra en la naturaleza, por su Palabra (Salmo 19) y finalmente por medio de Jesús (He 1:1-3, Jn 1:17-18; 14:9).

Anteriormente Dios declaró su justicia en preceptos y principios dados por medio de la ley, pero Cristo fue la regla de la justicia divina en persona (Ef 4:13). Jesús mismo declaró ser Dios y sus apóstoles dieron testimonio de este hecho, por eso rechazar a Jesús como Dios es rechazar todo lo que Dios reveló en su Palabra (Jn 5:39-40; 14:9 y Mt 22:29).

El gran propósito de la encarnación fue salvar al hombre de sus pecados (Mr 10:45, Ga 4:4-5; 1ª Ti 1:15). La encarnación queda absolutamente ligada a la pasión y muerte de nuestro Señor quien en el calvario sufrió el martirio derramando su sangre para perdón de pecados. La ordenanza de la cena o comunión nos recuerda que el pan sin levadura simboliza su cuerpo sin pecado entregado en la cruz y el vino simboliza su sangre derramada durante su proceso y crucifixión (He 9:22; 10:5-10). No hubiera sido posible un sacrificio perfecto sin un cuerpo humano y ese sacrificio no hubiera sido perfecto si ese hombre no fuera Dios encarnado.

Sólo el pecado de un hombre bastó para condenar a toda la humanidad, pero Dios resolvió el problema del pecado por medio de un hombre que proveyó la justicia necesaria: el segundo Adán (Ro 5:17-18).

Para el creyente es fundamental asumir que el hombre es un ser creado con la imagen perfecta de Dios; que en su libre albedrío decidió desobedecer a Dios y perdió desde entonces la perfecta comunión con su creador a causa del pecado. Si el hombre es producto de la evolución azarosa: no hay doctrina de pecado, no hay caída, no hay necesidad de salvación y la buena noticia del evangelio carece de sentido. Pero enseña la Biblia que el hombre fue creado con personalidad (inteligencia, capacidad de comunicarse, conciencia moral y raciocinio), y puesto por Dios en el mundo para controlar y dirigir la naturaleza (Gn1:26); sucedió que con la caída, esa “imagen” ha sido en gran parte deteriorada. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento Dios ha prometido que su Mesías reinará nuevamente sobre toda la creación junto a sus redimidos (1 Pe 2:5-9, Ap 1:6; 5:10). Para cumplir esta promesa fue necesaria la encarnación de Jesucristo, el hombre perfecto descendiente de Abraham, Judá y David. Las genealogías de Mateo y Lucas nos recuerdan que María y José son descendientes de David; una de ellas incluso asciende hasta Adán. Estas fueron escritas para mostrar que las promesas de Dios pueden cumplirse solamente a través del nuevo Adán, la simiente prometida en Edén, quien restaurará el dominio total sobre la creación (Lc.1:30-33; Salmo 2).

Existe hoy otro ministerio que el Señor lleva a cabo como Dios-hombre: es nuestro mediador y abogado ante el trono de Dios Padre (1ª Ti 2:5-6; 1ª Jn 2:1, He 2:17-18; 4:14-16). Porque Él vive por siempre puede dar eterna salvación porque conserva y ejerce un sacerdocio inmutable (He.7:22-26). Hebreos 1 y

2 recuerda la superioridad de Jesús sobre los ángeles pero alude también a la dignidad y gloria del Mesías como hombre (recordando el Salmo 8); más adelante el capítulo 10 describe la preexistencia del Hijo de Dios a quien se le ha preparado un cuerpo (He 10:5). El Señor Jesús no sólo vino a cumplir su misión redentora, continúa mediando por nosotros ante el Padre y ha prometido volver para reinar. Lo hará como Dios encarnado pero esta vez no velará su gloria y poder, entonces todo ojo le verá y quienes hemos sido redimidos por su muerte reinaremos con Él (Mt 24:30; 26:64).

Navidad y la encarnación

La encarnación de Jesús no es un tema que se deba considerar pasado; lo medular de la misma es que trata con la relación entre lo divino y lo humano, entre el soberano trabajo de Dios y la responsabilidad dada al hombre. Jesús pudo cumplir su perfecta obra conservando en su persona ambas naturalezas: una divinidad completa y una humanidad perfecta, sin pecado.

¿Cómo es posible que Dios habite y se manifieste en una persona humana? La respuesta es que Jesús manifestó en su vida la unión perfecta entre lo humano y lo divino y que la consecuencia práctica de su obra (nacimiento, muerte y resurrección) es la base por la cual podemos ser salvos y santificados desde que Él habita en nuestro corazón. La vida espiritual, la nueva vida que recibimos con la regeneración es la presencia de Dios en nuestro ser; es la unidad entre Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo en nosotros (Jn 14:15-20; Ro 12:1-2; 2ª Pe 1:4). Este es el gran milagro que Dios produce en cada creyente.

Que esta Navidad, el centro de nuestra meditación y adoración sea el Cristo encarnado, el eterno Dios-hombre que vino al mundo a buscar y a salvar a todo aquel que está perdido.

Ejercicios de reflexión:

1. Lee Isaías 9:6-7. ¿Qué atributos se señalan del Mesías que corresponden a su humanidad y qué otros corresponden a su divinidad?
2. Dios declaró su santo nombre a Moisés en Éxodo 3:14. ¿Sabes si Jesús utilizó este nombre para sí? ¿Puedes buscar pasajes donde Jesús se refiera a sí mismo como Dios?
3. En épocas en que se escribió el Nuevo Testamento ya circulaban falsas enseñanzas acerca de la naturaleza de Cristo. Lee 1ª Jn 4:1-3. ¿Qué enseñaban estos gnósticos?
4. En Mateo 26:57-67 se relata el juicio de Jesús ante el concilio judío. ¿Qué dijo de sí mismo el Señor que ellos consideraron una blasfemia?
5. Otras religiones monoteístas creen en un Dios creador, sustentador y juez de los hombres, pero ninguna cree que Jesús sea Dios. ¿Cómo afecta esto al evangelio que predicamos?